

LA UNIÓN DEL MAGREB ÁRABE. CONDICIONANTES INTERNOS Y EXTERNOS DE LA OPCIÓN INTEGRACIONISTA REGIONAL

Magdalena Carrancio*

La región del Magreb o *al Maghrib* ubicada en el Norte de África, designa, en su acepción más amplia, a los países del «sol poniente» u occidente árabe: Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Mauritania y un territorio en proceso de descolonización, el Sahara Occidental. En su conjunto, constituye una porción bien diferenciada. Factores históricos, lingüísticos y religiosos le imprimieron un sello propio, que la distingue del África Subsariana o África Negra y que, a la vez, la entronca con el mundo árabo-islámico, en el continente asiático.

En efecto, el Magreb tiene un fondo étnico común -los beréberes- y, desde el siglo VII una religión común, el islam. Los árabes llegaron a estas tierras, implantaron su religión -el islam- y junto con ella, su lengua: el árabe -la lengua en la que Alá reveló el Corán al Profeta Mahoma-. Asimismo, con excepción de Libia, el francés -la lengua de los colonizadores-, representa, aunque en regresión, un medio de comunicación y un agente de la tecnología y la unificación.

La adopción del islam comportó una fuerte arabización a la vez que estableció una compleja articulación entre los ámbitos político y religioso. Dada su naturaleza, el fenómeno religioso impregnó la sociedad -definiendo los comportamientos y las relaciones sociales- y se proyectó al plano político -definiendo las modalidades de legitimación de los gobiernos.

Estos elementos comunes permitieron reconstruir componentes básicos de cohesión en la región, cuando a causa de la colonización europea, los pueblos del Magreb quedaron divididos por diferentes administraciones e intereses. Sin embargo, el camino hacia la integración no ha sido fácil. Luego de múltiples intentos frustrados¹, el 17 de

* Master en Integración y Cooperación Internacional, CERIR, Universidad Nacional de Rosario. Agradezco a la Dra. Gladys Lechini los aportes recibidos para la elaboración de este Trabajo el cual es parte de mi Tesis de Maestría «*La Integración en el Magreb*» efectuada bajo su dirección.

¹ Son numerosas las iniciativas tanto de carácter político como económico que impulsaron la integración del Magreb. No obstante, como antecedente

febrero de 1989, los Jefes de Estado de Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Mauritania firmaron en Marrakech (Marruecos) el Tratado de creación de la **Unión del Magreb Árabe (UMA)**, fijando su sede en Túnez. Tras un corto período de éxito, cuyo punto culmine se dio en 1994 cuando Egipto -que no pertenece a la geografía del Magreb- pidió su incorporación como miembro observador, el organismo frenó su impulso inicial.

El presente trabajo intenta, entonces, analizar algunos condicionantes que debilitaron el proceso de integración magrebí, pese a la existencia de fuertes vínculos identitarios de cohesión. Asimismo, se estudiará cómo a partir de 1995, la opción por parte de tres de sus miembros del modelo de Asociación a la Unión Europea, en el marco del Proceso Euromediterráneo de Barcelona, actuó como un factor de desestructuración de la iniciativa integracionista regional.

El ideal de cohesión magrebí

La idea de unidad ocupa un lugar importante en el imaginario de los pueblos árabo-islámicos alimentado, a lo largo de la historia, por el legado de la religión islámica y por las conformaciones imperiales que siguieron a su implantación en la Península Arábiga, allá por el año 632².

Desde los primeros tiempos, la adopción de la Fe islámica comportó un sentimiento de unidad que se consolidó como gran pilar de cohesión social frente a la disgregación tribal característica de la sociedad preislámica. Todo musulmán forma parte de la *Umma*³ -la comunidad o nación islámica- ideal que, pese a no haber encontrado fácil concreción a lo largo de la historia, alimentó el mito de la superioridad de la civilización islámica y de su indestructible cohesión⁴.

más importante puede citarse la creación, en 1964, del **Comité Permanente y Consultivo del Magreb (CPCM)** integrado por Marruecos, Argelia, Túnez y Libia.

² El imperio islámico fue un conjunto socio-político que existió desde el siglo VII hasta comienzos del XX, si bien con fronteras variables y bajo el poder de distintas dinastías imperantes como los Omeyyas (661-750), los Abbasíes (750-1258), los Fatimíes (750-1171), entre otras.

³ Pese a la similitud fonética, no confundir *Umma* con la UMA, nuestra unidad de análisis.

⁴ Para los musulmanes es el islamismo el que constituye una civilización su-

Además de este sentimiento de unidad -no territorial- dado por la pertenencia a la *Umma*, existía otro estereotipo de unidad -territorial- dado por la organización socio-política del imperio árabo-islámico. Las conquistas musulmanas no sólo persiguieron el objetivo de propagar la nueva Fe, sino también, de establecer un orden político islámico y constituir un imperio.

El imperio islámico se extendió desde Arabia hacia el occidente, incorporando Egipto, primero, y más tarde, todo el norte de África y el sur de España. Entre los siglos IX a XI, alcanzó hitos históricos en los que la cultura árabe brilló por sus avances en astronomía, matemáticas, literatura y medicina. Esta etapa -que le ha valido el calificativo de «edad de oro» del islam- constituyó el basamento para hablar de un pasado de esplendor e intentar recuperarlo.

Igualmente, entre los siglos XI al XIII, se fortaleció también el sentimiento de unidad regional magrebí, tras el reinado de dos dinastías beréberes. En un primer momento, la dinastía de los Almorávides -denominación que significa «los que se unen para defender la religión»- dominó entre 1061 y 1147, Marruecos, Mauritania llegando hasta el río Senegal al sur y hasta la mitad de la actual Argelia al noreste. Seguidamente, la dinastía de los Almohades -«los unitaristas»- lograron llevar a cabo, entre los años 1147-1269, por primera vez en la historia, la unidad política de todo el Magreb.

Todos estos hechos permitieron rescatar la idea de una integración regional vinculada a un pasado de esplendor que, en nuestros días, es incorporada en el discurso de las clases dirigentes del Magreb. Y es así como este ideal adquiere connotación ideológica en tanto valor instrumental para mitificar grandezas pasadas y resaltar los elementos que naturalmente cohesionan la región.

Los efectos de la colonización sobre la cohesión regional

La dominación otomana, en cierta medida, pero principalmente la colonización europea, ahogaron el principio de cohesión identitaria regional. En efecto, a partir del siglo XVI, la región quedó dividida por el imperio Otomano -que se extendió por el norte de África

perior y la nación árabe es su madre y guía. Bajo esta convicción se sostiene que la hegemonía de Occidente es sólo transitoria y está condenada a la extinción por ser una cultura infiel e inferior.

desde Egipto hasta Argelia- y el reino español, que sometió algunas áreas del litoral nordafricano. Con la división administrativa otomana se comenzaron a delimitar distintas entidades que, al contar con cierto grado de descentralización, prefiguraron las construcciones estatales del Magreb contemporáneo. Ya desde entonces, se podían reconocer las entidades argelina, tunecina, libia y, por exclusión, la marroquí, dado que ésta no fue sometida al dominio turco.

A comienzos del siglo XIX, el dominio otomano en la región comenzó a ser reemplazado por el colonialismo europeo. Francia había conquistado Argelia (1830), ocupado Mauritania (1855) y establecido un protectorado sobre Túnez (1881). En 1884, la Conferencia de Berlín legalizó el «reparto de África» y las potencias coloniales europeas fueron acreedoras de una porción de territorio en el Norte del continente: Así, Francia compartió con España la colonización de Marruecos (1912). Ese mismo año, el Tratado Algeciras atribuyó el Norte de Marruecos -«lo que quedaba»- a España. En 1912, Italia se instala en Libia, tras salir victoriosa de la guerra turco-italiana.

La otrora división que las potencia coloniales realizaron en trazos sobre un mapa y en función de sus propios intereses económicos y estratégicos, dio origen a disputas fronterizas y reivindicaciones territoriales que aún subsisten. Francia fijó los límites a su conveniencia: «cedió» territorios de su protectorado marroquí a la que era su provincia argelina, mientras que el ideal del Gran Marruecos -defendido por el partido nacionalista Istiqlal- comprendía una geografía más amplia, que incluía los territorios españoles del Sahara occidental y de la actual Mauritania.

Tras la independencia, alcanzada en 1956 por Marruecos y Túnez, y en 1962 por Argelia, las rivalidades fueron inevitables. La mayor parte de los conflictos se relacionaron entonces, con la reivindicación del Gran Marruecos o bien con los límites de Argelia, que al descolonizarse más tarde, incluyó áreas que ya correspondían a sus vecinos⁵.

En septiembre de 1969 Marruecos reconoció a Mauritania, cuyos territorios eran considerados como pertenecientes al Gran Marruecos, poco después renunció a las reivindicaciones sobre territorios argelinos, pero preparó su estrategia orientada a la descolonización del

⁵ No obstante, la Carta de la Organización de Unión Africana (OUA) de 1963 adoptó el principio de intangibilidad de las fronteras coloniales, las reivindicaciones fronterizas no cesaron nunca.

Sahara español –zona rica en minerales e hidrocarburos. En 1975, los Acuerdos tripartitos firmados entre España, Mauritania y Marruecos establecieron que, con la retirada de España, Mauritania y Marruecos controlarían distintas porciones del territorio. Al mismo tiempo, un movimiento de Liberación Nacional –el Frente Polisario– autoproclama un nuevo Estado: la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). En 1979, Marruecos anexó la totalidad de la ex colonia. El control de este territorio, enfrentó a Marruecos –que defiende sus pretensiones bajo la tesis de intangibilidad de las fronteras– con Argelia que apoya la tesis del Frente Polisario basada en el principio de autodeterminación de los pueblos. Desde entonces, el conflicto ha entrado en un punto muerto dado por la espera de celebración de un referéndum de autodeterminación, que no se efectúa, por los desacuerdos entre las partes respecto a la población que debe pronunciarse.

En consecuencia, la región magrebí, víctima de una colonización «de múltiples estilos» de españoles, italianos y franceses, nunca recuperó su unidad inicial. Más aún, las disputas fronterizas heredadas han puesto permanentemente en juego el equilibrio regional originando condiciones poco favorables a la integración regional.

El nacimiento de la UMA

Tras la experiencia colonial, la idea de unidad fue percibida como «la edad de oro que posee la fuerza de un mito inscrito en la conciencia de los pueblos de la región»⁶. Ya desde su nacimiento en 1945, la Liga de Estados Árabes (LEA) había intentado plasmar este ideal, pero el poco éxito obtenido en su propósito, la llevó, en los ochenta, a propiciar la creación de agrupaciones económicas subregionales que pudieran fortalecer su papel en favor de un mercado horizontal.

Bajo este contexto, el 17 de febrero de 1989, nació la UMA con el objetivo de lograr la armonización de las políticas económicas de los cinco Estados miembros y conformar un Mercado Común magrebí. Su Tratado constitutivo enfatizaba los «vínculos sólidos que unen a los pueblos del Magreb Árabe, los cuales están fundamentados en la comunidad de historia, religión y lengua», pero además, establecía una orientación progresiva hacia una integración más amplia que pro-

⁶ BENOUNA, Mohammed, (1975), *Le Monde Diplomatique*, febrero, s/d.

moviera la unidad árabe y la inclusión de Estados africanos. Así, la construcción del Magreb fue considerada como una etapa -a alcanzar y superar- en el proceso global de integración árabe y africana, dando cuenta de la magnanimidad de los objetivos propuestos y, ciertamente, de su difícil concreción.

Complementariamente, también se puede advertir que los estados del Magreb intentaron a través de la creación de la UMA abordar, de un modo coordinado, las negociaciones con su principal socio: la Comunidad Económica Europea (CEE). Estos temían que, con el ingreso de Grecia (1981), de España y Portugal (1985), la CEE fuese autosuficiente en productos que por entonces importaba del Magreb y, en consecuencia, quedaran sin un mercado seguro.

Para Marruecos y Túnez, particularmente, la dependencia comercial con Europa justificaba de por sí la preocupación de que un mercado único europeo cerrase sus puertas al Sur. Esto cobra especial relevancia si tenemos en cuenta que, mientras 2/3 de las exportaciones magrebíes se destinan a la Europa Comunitaria, ésta dedica el 2% de su comercio exterior al Magreb⁷ Por otra parte, los intercambios intramagrebíes no superaban el 3% de los intercambios totales, por lo que, crear una Unión magrebí bajo esta escasa «regionalización» solo se explica por el incentivo externo del mercado único europeo y por la carencia de mercados de sustitución intra regionales.

Los primeros años de funcionamiento de la UMA se caracterizaron por un profundo entusiasmo, que llevó a la elaboración de un notable número de disposiciones tendientes a poner en funcionamiento el proceso integrador. Sin embargo, el impulso inicial quedó prácticamente paralizado cuando estas medidas tuvieron que tomar forma concreta en la realidad. Cuestiones de carácter formal como el excesivo énfasis puesto en la figura presidencial de los Estados miembros, el mecanismo de toma de decisiones que requería la ratificación parlamentaria en un plazo de seis meses, y la ausencia de un cronograma fijo para el cumplimiento de las etapas comerciales propuestas, frenaron la dinámica del Organismo.

Asimismo, otros ingredientes -tanto de orden interno como internacional- coadyuvaron para que el proceso de integración quedara en el intento. Se pudo constatar que la formalización de la UMA no

⁷ GONZALEZ FERRIN, Emilio, (1997), *El Diálogo Euro-Árabe: La Unión Europea frente al Sistema regional Árabe*, Ed. Mundo Árabe e Islam, Madrid, p. 308.

fue acompañada por las medidas que, en los campos político y económico, reclama toda iniciativa integracionista. En el ámbito político, los jefes de Estado no han demostrado estar dispuestos a ceder competencias, ni dejar que la propia dinámica de la Unión se las recorte. En el campo económico-social encontramos otra importante debilidad de la Unión que Marquina sintetiza así: «La impresión que se obtiene es que la UMA se firma de forma rápida sin que las fuerzas económicas y sociales de estos países hubiesen impulsado previamente esta unión...»⁸. Las opiniones públicas de los Estados miembros no se sintieron movilizadas por este proyecto, los empresarios no valoraron los beneficios de la unión que podrían surgir de un mercado más amplio frente a la pérdida de la protección de que gozaban, de grandes diferencias legislativas, falta de infraestructuras, no convertibilidad de monedas, dificultades de pago, etc.

Más aún, a mediados de los noventa, los gobiernos magrebíes - a excepción de Libia y Mauritania- adhieren al Proyecto Euromediterráneo de Barcelona, lanzado por la Europa Comunitaria en 1995, con la finalidad de constituir un Área de Libre Comercio Mediterránea para el 2010.

Consecuentemente, se puede inferir que la inactividad de la UMA se atribuyó a factores internos -tanto de carácter político como económico- y a un importante condicionante externo tal cual es el modelo Euromediterráneo. Este, lejos de favorecer la integración regional, propició su desarticulación al establecer relaciones de tipo eje-centro entre tres países de la región -Marruecos, Argelia y Túnez- (ejes) y la Unión Europea (centro).

Los factores políticos

Las profundas diferencias existentes en la concepción del Estado, en el tipo de regímenes y de sistemas políticos adoptados, en las formas de gobierno, en los modelos económicos implementados, no eran proclives a promover formas mínimas de cooperación que condujeran a la posterior integración intramagrebí.

⁸ MARQUINA, Antonio (ed.), (1993), *El Magreb: concertación, cooperación y desafíos*, Ministerio de Asuntos Exteriores-Agencia Española de Cooperación Internacional-Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, p. 84.

En efecto, en la medida que los países del Magreb fueron obteniendo su independencia, adoptaron formas de gobierno muy diferentes entre sí. En 1956, **Marruecos** se convirtió en una monarquía constitucional dirigida por la dinastía alauita, que al proclamarse descendiente directa del Profeta Mahoma, obtiene así su elemento básico de legitimación. En **Túnez**, Habib Burguiba logró, entre 1956 y 1961, derrocar a la monarquía e implantar una república presidencialista que tuvo a su partido Neo-Destur como única fuerza política del país. **Mauritania** es una república islámica desde su independencia en 1960, cuando inició su devenir político con un régimen de corte socialista. **Argelia**, en 1962, conformó una República Popular y Democrática, bajo un régimen socialista de partido único -el Frente de Liberación Nacional-, sistema que se mantuvo hasta 1989 en que, una nueva Constitución, implantaba el pluripartidismo. **Libia**, luego del golpe de Estado liderado por el Coronel Khaddafy en 1969, se transforma a partir de 1977 en una Jamahiriya (o «Estado de las masas») Árabe Popular y Socialista, producto de la particular visión del mundo de su líder.

Excepto en Marruecos, no se desarrollaron partidos políticos de oposición o cuando los hubo fueron reprimidos. El «partido único» fue el sistema más generalizado, por ser, en opinión de algunos dirigentes, el que mejor se adaptaba a la estructura social, tribal y familiar de esta sociedad⁹. En todos los casos, se conformó un Estado moderno -con la correspondiente separación de funciones- pero fuerte. Esta situación se mantuvo a largo de los setenta -con los planes de desarrollo-, y, a fines de los ochenta, si bien la adopción de políticas neoliberales y planes de ajuste, introdujeron algunas reformas democráticas, éstas fueron de poca relevancia.

Finalmente, se debe considerar también que el proceso de integración sumió a los Estados magrebíes en un debate entre dos lógicas contradictorias: la de construcción del Estado-nación y la de la integración regional¹⁰. Ciertamente, el proceso de formación de los Esta-

⁹ Es un rasgo natural de las sociedades árabo-islámicas su estructuración en tribus, si bien más escasamente en las zonas urbanas, aún están presentes en áreas rurales o en el desierto. Los jefes (mukhtares) de cada tribu integran el consejo de tribu que defiende los intereses de todos sus componentes. Las tribus aceptan el dominio de un jefe supremo nacional, con un gobierno que puede adoptar diferentes formas políticas.

¹⁰ LECHINI, Gladys, (1999), *El mapa de la integración africana. El caso de la SADC*, Cuadernos de Política Exterior Argentina, Serie: Docencia N° 54, Rosario, diciembre, p. 2.

dos árabes o africanos en general está inacabado si, en comparación con los Estados europeos, se considera que «sólo cuarenta años -como afirma Ali el-Kenz- no da tiempo a formarse un Estado»¹¹.

Consecuentemente, el Estado magrebí es un modelo de Estado fuerte que no cede las parcelas de poder que reclama el avance de todo proceso de integración, ni al interior ni en las relaciones con sus pares.

Las limitaciones económicas

La debilidad estructural de la UMA para cumplir con las distintas etapas que el proceso de integración demandaba, estuvo dada por algunas variables económicas que generaron un bajo nivel de relaciones comerciales entre sus miembros.

Luego de acceder a la independencia, los gobiernos magrebíes se abocaron a la implementación de políticas de desarrollo basadas en la industrialización sustitutiva de importaciones, la reforma agraria y la acumulación de capital procedente del sector externo. Bajo este modelo, las economías del Magreb -hasta entonces, muy dependientes de las exportaciones de productos primarios a la CEE- comenzaron a poner en marcha su despegue autónomo.

El impulso dado al desarrollo industrial produjo logros significativos sobre todo si se tiene en cuenta el nivel sumamente bajo del

¹¹ Ponencia bajo el título «*Le changement de paradigme au Magheb. Quelques interrogations sur les origines et les perspectives*», presentada en el Seminario *La realidad social y política del Magreb contemporáneo: una reflexión desde las dos orillas*, organizado por el Instituto de Estudios Sociales Avanzados-Andalucía en Córdoba, 22-24 de marzo de 1994, citado por GONZALEZ FERRIN, Emilio, *op. cit.*, p. 289.

Al respecto, González Ferrin sostiene que la marca de «acabado» universalmente aceptada es la democratización real del sistema de poder heredado de Europa, la progresiva hegemonía del modelo de la modernidad política occidental -a modo de comparación de períodos de tiempo, sin querer decir que es el occidental el modelo a alcanzar-; la superación del llamado centralismo jacobino: cambio de poder entre elites liberadoras y coloniales. *Ibidem*.

Este centralismo sigue estando presente en los Estados Árabes, perturbando las posibilidades de cooperación así como fue impensable la entrada en la CE de la España de Franco o de Portugal bajo el régimen de Salazar, o más actualmente el ingreso de Cuba al ALCA.

cual se partió. Sin embargo, la industrialización magrebí no llegó a superar el nivel de transformación de los recursos naturales, y recién en los noventa, se destacó la aparición de una industria manufacturera orientada a la exportación (textil y confección, principalmente). Más aún, el sistema industrial se ha desarrollado con una fuerte desarticulación del resto de la economía, una importante dependencia tecnológica y una absorción de enormes recursos financieros.

Por otra parte, la concentración de recursos en el sector industrial, motivó el fracaso de las reformas agrarias emprendidas. A ello se sumó también la escasez de tierras agrícolas, el crecimiento de la población y la intensidad del éxodo rural, factores que originaron un importante deterioro de la balanza agrícola.

En consecuencia, la implementación del modelo desarrollista no propició la cooperación económica horizontal y el comercio intramagrebí se mantuvo en niveles muy bajos. A ello se agregaba la reducida dimensión de los mercados locales, la debilidad de las economías nacionales -poco atractiva a la inversión extranjera- y la escasez de comunicaciones.

A fines de los ochenta, los gobiernos del Magreb debieron imponer una estrategia estabilizadora en los términos que recomendaban los organismos internacionales. Del modelo desarrollista, que en los años sesenta llevó al Estado a asumir un rol central como impulsor de la economía, se pasó a un modelo de apertura. Este proponía, al menos, tres prerequisites para alcanzar el éxito: la necesidad de generar estabilidad macroeconómica, la reducción del rol del Estado en la economía a través de la privatización y desregulación económica y, por último, una mayor apertura hacia el exterior a través de la disminución de barreras comerciales e incentivos a las inversiones extranjeras.

La estabilidad macroeconómica trajo aparejada medidas de ajuste estructural que comenzaron a aplicarse de forma progresiva, originando consecuencias inmediatas en la marcha de la economía y en las condiciones de vida de la mayoría de la población. En efecto, los resultados de las medidas de ajuste, no permitieron superar las debilidades descriptas. Más aún puede afirmarse que:

- Los volúmenes de las exportaciones crecieron, pero fueron acompañados por una sensible disminución de los precios internacionales de los productos exportables de la región, lo que implicó una disminución de los ingresos provenientes de este sector.

- Estos países diversificaron muy poco sus productos exportables durante el período de ajuste. Contrariamente, se constató un aumento de la concentración (y por lo tanto de la dependencia) alrededor de un número más reducido de productos primarios: de la actividad agrícola, en Marruecos y Túnez; extractiva y minera en Argelia y Libia (hidrocarburos) y, en Marruecos y Túnez (fosfatos).
- Las importaciones -fundamentalmente de alimentos- aumentaron pese a las medidas restrictivas de los Programas de Ajuste, provocando un déficit en la balanza de pagos y un agravamiento de la situación del endeudamiento externo.

Se puede concluir, entonces, que el fracaso del modelo desarrollista incidió en la consolidación de condiciones poco propicias al comercio intraregional y, la implementación de medidas de ajuste estructural, en los noventa, no generó una mejora de las condiciones imperantes. Bajo estas perspectivas, se puede afirmar que la iniciativa integracionista de la UMA fue un poco apresurada, en función de la baja complementariedad económica existente entre los Estados miembros.

El Proyecto Euromediterráneo

A comienzo de los noventa, la Europa Comunitaria había intentado iniciar relaciones con la UMA en el marco de la Política Mediterránea Renovada (1990-1995)¹². En efecto, en 1990 y en 1991, la Comisión Europea le propuso la creación de un área de libre comercio y un año después, definió los principios en que debían basarse las relaciones entre ambos organismos.

Frente a estas iniciativas, la UMA no pudo concretar una política común. Ciertamente, no había avanzado hacia la conformación de una Unión Aduanera y, en consecuencia, no pudieron lograrse acuerdos que reflejaran una política comercial unificada. Lejos de ello, los

¹² La Política Mediterránea Renovada (PMR), junto a la Política Global Mediterránea (1972-1986) y a la Nueva Política Mediterránea (1986-1989) fueron diseñadas por la Europa Comunitaria con el fin de uniformar los patrones de relaciones bilaterales que mantenía con los Terceros Países mediterráneos.

países miembros negociaron en forma individual, poniendo al descubierto la debilidad de la UMA para coordinar «una sola voz».

Distintos acontecimientos alimentaban su fragilidad interna: la crisis de Argelia¹³ demoraba el proceso negociador entre sus miembros y, las medidas tomadas por el Consejo de Seguridad de la ONU contra Libia, en 1991, acusándola de los atentados a los Vuelos de Pan Am y UTA, dieron inicio a un bloqueo económico sobre este país. Frente a ello, Marruecos -ya aislado por el juego de posiciones que generaba el Conflicto del Sahara occidental- tomó su propio rumbo. Al respecto, Valmont refuerza esta afirmación sosteniendo que «Marruecos cabalga solo; llama a la puerta de Europa sin esperar los progresos de la UMA»¹⁴.

Hacia 1995, mientras el organismo magrebí evidenciaba sus primeros signos de agotamiento, el contexto euromediterráneo le mostró un nuevo escenario surgido de la Conferencia de Barcelona.

En efecto, la Conferencia de Barcelona, celebrada el 28 y 29 de noviembre de 1995, tuvo por finalidad analizar las perspectivas de cooperación entre los quince miembros de la Unión Europea y los restantes doce Estados de la Cuenca Mediterránea. Por parte del Magreb, participaron la UMA en calidad de invitada especial¹⁵, y Marruecos, Túnez y Argelia como miembros de pleno derecho. Mauritania tuvo status de observador y Libia fue excluida dado que aún pesaban sobre ese país las medidas del bloqueo.

¹³ La crisis de Argelia se había originado a mediados de los ochenta cuando -como ya fuera explicado- el cambio de las condiciones externas dificultaron el mantenimiento del modelo desarrollista. Ello motivó un creciente malestar social y, en 1989, el gobierno de Partido Único (FLN) impuso una nueva Constitución que posibilitó, por primera vez en la historia del país, el pluripartidismo. Esta nueva situación permitió que un partido islamista -el Frente Islámico de Salvación (FIS)- ganara las elecciones municipales y estuviera próximo a ganar las provinciales en 1992. Un Golpe militar impidió su acceso al poder y dictaminó su proscripción. Desde entonces comenzó un enfrentamiento entre los islamistas y el gobierno constituyendo un importante factor de desestabilización regional.

¹⁴ VALMONT, André (Dir.) *Économie et Stratégie dans le Monde Arabe et Musulman*, Ed. EMAN, Paris, 1993, p.109, citado por GONZALEZ FERRIN, Emilio, *op. cit.*, 311. Cabe agregar que Marruecos ha solicitado su ingreso a la UE.

¹⁵ Cabe resaltar que la participación de la UMA en la Conferencia de Barcelona ya no contaba con el mismo nivel de reconocimiento como interlocutor que le había otorgado la PMR.

El Capítulo Económico de la Declaración Final propuso la creación progresiva de una **Zona de Libre Comercio en el Mediterráneo** para el 2010, en la que la firma de Acuerdos de Asociación constituía la piedra angular del Proyecto. En este nuevo marco de relaciones euromediterráneas, la UE continuó privilegiando los vínculos bilaterales enmarcándolos en un proceso de concertación que Gallissot denomina «el espacio mixto Magreb-Europa»¹⁶. Nótese entonces que la UMA pierde identidad no sólo desde la perspectiva de sus avances en el proceso interno sino además, desde las intencionalidades comunitarias de rescatar un espacio de diálogo razonablemente cohesionado.

Desde la Conferencia de Barcelona, se han sucedido siete nuevas Conferencias Euromediterráneas: Malta (1997), Stuttgart (1999), Marsella (2000), Bruselas (2001), Valencia (2002), Nápoles (2003) y Luxemburgo (2005) en las que se trató de avanzar progresivamente en la consolidación de relaciones comerciales bilaterales con los países de la región, en particular con los del Magreb central: **Túnez** concluyó sus negociaciones en junio de 1995, ese mismo año firmó el Acuerdo de Asociación que entró en vigencia en marzo de 1998; **Marruecos**, concluyó negociaciones en noviembre de 1995, firmó el Acuerdo de Asociación en febrero de 1996, el que entró en vigor en marzo de 2000. **Argelia**, por su parte, concluyó negociaciones en diciembre de 2001 y firmó el Acuerdo de Asociación en junio de 2002. Por último, **Libia** permaneció ausente del Diálogo Euromediterráneo, si bien, una vez levantadas las sanciones de la ONU, fue invitada a participar con status de observador.

Así, la propuesta Euromediterránea de la UE generó un sistema «eje-radio» en el que el eje (UE) negoció bilateralmente con los radios (Argelia, Túnez y Marruecos), pero éstos permanecieron descoordinados entre sí. Es decir, no se apuntó a una zona de libre comercio fundada multilateralmente sino que la misma surgirá por acumulación de Acuerdos bilaterales con los países del Sur, si bien éstos últimos, dibujados sobre idéntico esquema. En consecuencia, aunque los formuladores del modelo Euromediterráneo pretendieran un efecto horizontal homogéneo de estos Acuerdos, por las propias disparidades de los Estados magrebíes y las características que están tomando

¹⁶ GALLISSOT, René, (1991), «L'Éspace Maghreb-Europe: Le Maghreb comme terme de l'échange», en LOPEZ GARCÍA, Bernabé, MARTIN MUÑOZ, Gema y LARRAMENDI, Miguel, *Elecciones, participación y transiciones políticas en el Norte de Africa*, ICMA, Madrid, p. 46.

las negociaciones eje-radio, se percibe como muy difícil una armonización entre los extremos nordafricanos. Quizás la paradoja radique en esperar que los Estados de Magreb puedan coordinar sus políticas comerciales frente a la Unión Europea, cuando de hecho no lo hicieron entre sí.

Consecuentemente, frente a una UMA que, por motivos internos, había detenido su proceso integrador no logrando concertar una política comercial común, el Proyecto Euromediterráneo de Barcelona, al bilateralizar las vinculaciones de sus miembros con la Unión Europea, contribuyó a su desestructuración.

Reflexiones Finales

Es indudable la existencia en el Magreb de un *substractum* identitario dado por una comunidad de historia, de lengua y de religión, a partir de la cual, la idea de unidad ocupa un lugar importante en el imaginario de sus pueblos. La pertenencia a la *Umma* o a una misma «gran nación», el legado de un pasado de esplendor de la civilización árabe y de un

Magreb unido bajo el dominio beréber de los almohades, alimentan esta afirmación. Más aún, «la unión de los pueblos» constituye un valor muy relevante para las sociedades árabo-islámicas, fundamentalmente, si las comparamos con las occidentales, más racionales y utilitaristas.

Sin embargo, es posible observar entonces, cómo este *substractum* de cohesión natural no afloró a la hora de dar un mayor impulso a la UMA. En tal sentido, la realidad magrebí mostró ciertos condicionantes que no brindaban un marco adecuado a los procesos integracionistas en la región.

En primer lugar, el modelo de Estado fuerte que se impuso tras la independencia, se mostró reacio a ceder las parcelas de soberanía que toda dinámica integracionista reclama. Por otra parte, las relaciones intramagrebíes se han caracterizado por una alternancia de conflictos y conciliaciones: disputas fronterizas, nacionalismos exacerbados y discrepancias ideológicas -resultado de sistemas políticos y económicos distintos- propiciaron alianzas estratégicas dictadas por la correlación de fuerzas en la región.

Las dificultades permanentes en las relaciones personales entre los Jefes de Estado paralizaron las negociaciones en 1995. Una vez

más, se desvaneció el sueño de concreción del Gran Magreb como una oportunidad para que estos países pudieran superar los problemas de desarrollo que se les habían presentado desde la post independencia y que la coyuntura internacional de fines de los ochenta, acrecentaba aún más.

Asimismo, debilidades económicas de carácter estructural tampoco permitieron que se avanzara en la concreción de políticas comerciales. Al escaso desarrollo industrial se unió una agricultura deficiente, un mercado interno pobre, poca complementariedad económica, diferencias de desarrollo (países grandes y pequeños, producción agrícola e hidrocarburos), entre otros factores.

Por otra parte, como la UE no pudo encontrar en la UMA un interlocutor válido, en 1995 sus políticas apuntaron claramente a bilateralizar las relaciones con los socios nordafricanos. Fue una manera de asegurarse el abastecimiento de materias primas, a la vez que, proveerles un mercado seguro para sus exportaciones, contribuyendo así al estancamiento de la iniciativa regional. En este contexto de «predominio de lo práctico frente a lo utópico», los países del Magreb central miraron a Bruselas de manera independiente, negando a sus vecinos lo que le otorgaban a la Comisión Europea.

La integración en el Magreb pareciera ser una «necesidad común» pero se resiente por fricciones políticas y falencias estructurales que no se corrigen cada vez que sus líderes pretenden relanzarla. Sólo construyendo o buscando intereses comunes por sobre ciertos sectarismos individuales es que se podrá avanzar en un proceso de integración que contribuya a cambiar la situación económica, transformando lo que ahora son desventajas en ventajas que posibiliten mejorar las condiciones de los pueblos del Magreb.

Bibliografía

- BALTA, Paul (comp.), (1994), *Islam. Civilización y sociedades*, Siglo Veintiuno de España Editores S.A., Madrid.
- _____, (1994), *El Gran Magreb. Desde la independencia hasta el año 2000*, Siglo XXI Editores, Madrid.
- _____, (1989), «Socios en Africa: pasos hacia la antigua aspiración del Gran Magreb», en Diario *El País*, 2 de febrero.

- BENCHEHIDA, Omar [en línea], *Unión del Maghreb en el seno del Mundo árabe y del continente africano*, conferencia del embajador de Argelia en Colombia, Universidad Externado de Colombia, 19 de setiembre de 2002, <http://www.uexternado.edu.co/africa/textomaghrebzd.htm> [10 de octubre de 2005]
- CAMAU, Michel, (1992), «Poder y Legitimidad en el Magreb» en LOPEZ GARCIA, Bernabé (Coord.) *España-Magreb siglo XXI: El porvenir de una vecindad*, Ed. Mapfre, Madrid.
- CHERKAoui, Abdelmalek, (1994), «¿Es el Magreb la otra cara de la moneda de la Unión Europea?», conferencia del embajador de Marruecos en el Seminario Internacional: *El Magreb: lo Árabe en Occidente entre Europa y América*, Universidad del Museo Social Argentino, Buenos Aires, 4 y 5 de julio.
- DE CASTRO RUANO, José Luis, (1993), «Pasado, presente e incierto futuro de la acción comunitaria en el mediterráneo», en ALDECOA LUZARRGA, Francisco (coord.) *La Cooperación Internacional*, Serv. Editorial Universitaria del País Vasco, Bilbao.
- EL KENZ, Ali, (1995), «El cambio de Paradigma en el Magreb. Algunas cuestiones sobre los orígenes y las perspectivas», en MOYANO ESTRADA, Eduardo y DESRUES, Thierry (comp.) *La realidad política y social del Magreb contemporáneo*, Instituto de Estudios Sociales Avanzados de Andalucía, marzo.
- GONZALEZ FERRIN, Emilio, (1997), *El Diálogo Euro-Arabe: La Unión Europea frente al Sistema Regional Árabe*, Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid.
- KABUNDA BADI, Mbuyi, (1993), *La integración africana. Problemas y perspectivas*, Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid.
- KHALED, Ben Hassine, (1991), «Las relaciones entre la Unión del Magreb Árabe (UMA) y la Comunidad Europea (CE)», *Revista Tiempo de Paz*, Numero Especial, Madrid.
- LACOMBA, Joan, (1997), *Sociedad y Política en el Magreb*, La Catarata, Madrid.
- LECHINI, G., CARRANCIO, M., ZACCARA, L., (1997), «La integración en el Magreb», *Revista Comercio Exterior*, México, mayo.
- LECHINI, Gladys, (1999), *El mapa de la integración africana. El caso de la SADC*. Cuadernos de Política Exterior Argentina. Serie: Docencia N° 54. Rosario, diciembre.

- LOPEZ GARCIA, Bernabé (Coord.), (1992), *España-Magreb siglo XXI, El provenir de una vecindad*, Mapfre, Madrid.
- LOPEZ GARCIA, Bernabé y DE LARRAMENDI, Miguel, (1995), «Europa y el mundo árabe en 1995», *Anuario Internacional CIDOB*, Fundació CIDOB, Barcelona.
- MARTIN MUÑOZ, Gema, (1995), «Estado, islam y sociedad civil en el Magreb», en MOYANO ESTRADA, Eduardo y DESRUES, Thierry (comp.), *La realidad política y social del Magreb contemporáneo*, Instituto de Estudios Sociales Avanzados de Andalucía, marzo.
- MARTIN MUÑOZ, G., SIMON, B., LOPEZ PLAZA, Ma. A., (1996), *El Islam y el Mundo Árabe*, Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid.
- MARQUINA, Antonio (ed.), (1993), *El Magreb: concertación, cooperación y desafíos*, Ministerio de Asuntos Exteriores-Agencia Española de Cooperación Internacional-Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid.
- OUANNES, Moncef, (1995), «El Estado nacional y los desafíos de la modernidad política y social: una reflexión comparada sobre los procesos de cambio en el Magreb», en MOYANO ESTRADA, Eduardo y DESRUES, Thierry (comp.), *La realidad política y social del Magreb contemporáneo*, Instituto de Estudios Sociales Avanzados de Andalucía, marzo.
- PALAZUELOS MANSO, Antonio, (1997), «Las Políticas de Ajuste en el Magreb», en ARRIZABALO, Xavier (ed.), *Crisis y Ajuste en la economía mundial*, Editorial Síntesis, Madrid.
- SEGURA I MAS, Antoni, (1994), *El Magreb: del colonialismo al islamismo*, Publicacions Universitat de Barcelona.
- SID AHMED, Abdelkader, (1992), «La Integración del Magreb a la luz de las experiencias en el tercer Mundo», en *Revista Comercio Exterior*, Vol.42, N° 8, México, agosto.

